

## De altos y bajos

### *Dulce animal de compañía*

TRIUNFO ARCINIEGAS

Alfaguara, Bogotá, 2019, 242 pp.

A TRIUNFO Arciniegas se le reconoce como uno de los grandes autores colombianos de algo tan difícil de hacer como lo es la literatura infantil. Ha creado un conjunto de obras con las que, sin caer en obviedades y repeticiones, consigue atrapar a los lectores (que no tienen por qué ser exclusivamente niños: más de un adulto se ha gozado el trabajo de este santandereano). Y algo admirable en sus textos es la aparente sencillez: los relatos fluyen y las formas parecen ser las únicas posibles. En su obra infantil, Arciniegas logra lo que otros autores no han conseguido: la complejidad estructural, el entramado, se queda en lo íntimo del trabajo de quien escribe, y la pieza final, la que llega a las librerías, es tan limpia que parece que fue facilísimo escribirla. ¡Si supieran la sangre, el sudor y las lágrimas que hay detrás de esa sencilla pieza!

*Dulce animal de compañía*, la más reciente novela del autor, no es una obra para niños. Y más allá de la obvia cuestión temática (aquí los personajes no son tiernos leones, vacas y arañas, sino gente muy sola en busca de una segunda oportunidad), formal y lingüística, la calidad de la obra está lejos de lo que uno había leído de Arciniegas.

La sorpresa no es del todo agradable. Se nota –y no debería– el esfuerzo por hacer una novela rica, compleja, con tiempos no lineales y diferentes voces, y el resultado termina siendo pesado. El Arciniegas de *Dulce animal de compañía* está lejos de la fluidez y la transparencia del autor de literatura infantil. ¿Por qué decidió contar esta historia haciendo uso de tantos recursos formales? Quizás, y puedo caer en un error en mi apreciación, porque quería liberarse de los límites que impone la literatura infantil (hacer de lo complejo una historia sencilla) y demostrar que sus capacidades como narrador van más allá de lo que los lectores conocen.

Según se lee en la última página de la novela, Arciniegas comenzó a

escribirla en 1976, cuando apenas era un muchacho, y la terminó en 2018. Durante 42 años, mientras desarrollaba su carrera como autor de literatura infantil, habrá trabajado por períodos, como les pasa a muchos autores con sus obras, en *Dulce animal de compañía*, la habrá abandonado por un buen tiempo y después habrá regresado a ella para volver a dejarla. Es como si, entonces, hubiera ido tomando todo lo aprendido durante esas cuatro largas décadas de narrativas, poéticas, simbolismos y un largo etcétera, y lo hubiera puesto en la novela, hasta que la completó.

Se me ocurre, sin embargo, que lo que para mí puede ser un defecto bien puede ser para otros una virtud. En la contracarátula, la editora y crítica Margarita Valencia escribe: “*Dulce animal de compañía* es una novela que revela a cada paso los años que el autor ha dedicado al oficio”. Y sí que es cierto. Hay que reconocer, entonces, que se trata de una obra bien escrita, con los giros técnicamente logrados, que a veces huele a Rulfo y a Boom, y en la que hay unos buenos toques de humor, sobre todo en los diálogos y en los nombres de algunos de los personajes:

Le dicen el Mono Ardilla no tanto porque sea rubio sino por sus rasgos simioscos, por su breve tamaño y su extrema delgadez, por su nerviosismo y porque no sería raro verlo colgado de una rama. El apellido le cae como anillo al dedo. Como dedo de fraile en culo de monja, según Oviedo, siniestro y vulgar. (pp. 54-55)

Unas páginas más adelante, a la hora de describir a las hermanas Bermúdez, el narrador dice:

Carlota Bermúdez, la mayor, la gorda, porque las otras dos parecen palos de escoba, fue por largo tiempo la moza de un cura. Por eso mismo le dicen la Mamasanta, aparte de las memorables y santas mamadas, por supuesto, y a los críos con que el hombre de Dios bendijo su vientre, los hijos de la abstinencia. La mediana, la Paloma, muy baratera, hace lo que le pidan y sin pensarlo dos veces. Habla con los fantasmas. Lee las cartas y el tabaco. “Adivino que me vas a comer”, dice,

muerta de la risa. También le dicen Tres Teticas, sabrá Dios por qué. La Pirañita, la más chiquita y candelosa, la favorita de muchos porque les deja la cosa en carne viva, anda mal de la cabeza. Todas andan mal de la cabeza, pero a la Pirañita se le nota más. (p. 62)

Sin embargo, todo aquello –el humor, los giros, la escritura y demás– no hace de *Dulce animal de compañía* una buena novela, quizás porque los sentimientos y las emociones –en últimas, la empatía– que la novela genera en el lector es intermitente; altos y bajos, y quizás son más los bajos que los altos.

(Algo más: ¿habrá sido consciente Arciniegas de que en su novela todas las mujeres son seres más sexuales –más genitales– que intelectuales o mentales? ¿Fue un acto voluntario darles esa característica tan limitante, tan simplista y traqueada? O le sucedió lo mismo –bueno, realmente es casi lo contrario– que a García Márquez: nunca fue consciente de que en sus novelas todas las mujeres son fuertes y poderosas, hasta que un periodista o un crítico se lo hizo notar.)

*Dulce animal de compañía* está dividida en dos partes, que a su vez se fragmentan en capítulos, cada uno narrado por una voz –un personaje– diferente. Unos toros huyen del camión que los transporta y generan un terrible desmadre. A partir de ese hecho, aunque no de forma lineal, van apareciendo las narraciones y los caracteres. Aunque hay más voces, los protagonistas de la historia son Renata, Daniel y Antonio, y quizás también el lugar (o los lugares): Pamplona y Málaga, en Santander. Al paso de la lectura, la trama se va deshilvanando lentamente. Entonces aparecen historias de amor, de acoso, de violencia, de largos odios, de deseo, que conforman la fábula de la novela. Todo pasó, los personajes parecen mirar atrás; cansados, devastados, esperan que la vida les dé otra oportunidad.

Arciniegas, que también ha publicado algunos volúmenes de poesía, deja ver durante toda la novela un lenguaje casi lírico, muy elaborado, que a veces ayuda y a veces no; es decir, hay frases y apartados hermosos (la mayoría). Por ejemplo:

Renata lloraba bajo el agua.  
Aparté la cortina y cerré la llave.

Le pregunté por qué y recibí una respuesta que ya conocía.

–Déjame, lloro de dicha.

Volví a la cama.

–Ni cabra ni coneja –dijo Renata, toda desnuda, sin lágrimas–. Ya sé qué quiero ser.

–¿Qué?

–Tu perra. (p. 208)

Y también hay unos pocos que rayan en la cursilería:

Un pájaro amarillo picoteaba en la humedad del patio. Escribía con sus patas un lenguaje de insectos.

Renata le reservó montoncitos de comida.

El pájaro tomó confianza. Picoteó los montoncitos cada vez más cercanos a la cocina, hasta que entró a la casa.

–¿Eres uno de mis pensamientos?

Renata y el pájaro se contemplaron con asombro, cautelosos.

–¿Eres el alma de quién?

Renata soñó que perseguía al pájaro entre la niebla, entre los fantasmas de los árboles, hasta un río que le impidió el paso.

El pájaro no regresó. (p. 34)

Qué habría sido de Renata –un personaje difícil de olvidar– y de su historia, si Arciniegas hubiera hecho lo que ha aprendido haciendo literatura infantil: simplificar la complejidad de la trama y de los caracteres para lograr una obra más sutil. Mucho, me parece.

**Andrés Arias**